

Hace ya más de un mes que llegué aquí. Al principio me lo podía creer. «No estoy loca», repetía una y otra vez, pero con el tiempo me di cuenta que algunos de mis compañeros del psiquiátrico también decían lo mismo y nadie les hacía caso.

Recuerdo el revuelo que se formó el día que ingresé. «Yo no estoy loca, es un error», les repetía a los dos asistentes con bata blanca que me conducían al interior del centro. Mientras me arrastraban y yo intentaba oponerme no paraba de repetir que no estaba loca, pero ellos tan solo decían «Sí, sí, claro...» y seguían arrastrándome con más fuerza. En un afán para escapar le di un puñetazo en la cara a uno de ellos, pero el otro, el más fuerte de los dos, me retuvo. A partir de ahí solo recuerdo que vinieron muchos más y me pusieron una inyección que hizo que me durmiera.

A la mañana siguiente, la claridad de la luz que entraba por la ventana sin resistencia de alguna cortina me despertó. Me encontraba atada por la cintura a una cama en una habitación pequeña. Allí no había nada más, ni siquiera tenía una sábana para taparme, pero no tenía frío. A los pocos minutos dos hombres entraron en la habitación:

—Hola Julia, soy el doctor Maximiliano García. Siento lo ocurrido anoche, pero usted estuvo un tanto nerviosa y mis compañeros tuvieron que tranquilizarla —dijo el más alto de los dos.

—Mi nombre es Lucía, no me llamo Julia —le contesté.

—Vale Lucía, no se preocupe. Eso ya lo trataremos más adelante. Tan solo quiero comentarle que si mantiene una buena conducta y está tranquila en unos momentos mis compañeros le retirarán el cinturón y la acompañarán al comedor a comer algo. Hay un menú exquisito hoy —me dijo sonriendo.

—Doctor, no me llamo Julia, soy Lucía y no estoy loca. Todo se trata de un error, yo no debería estar aquí, no estoy loca. Se lo dije ayer a sus asistentes y me retuvieron. Quiero llamar a mi hermana, ella me ayudará a explicárselo —le dije suplicándole incorporada en la cama.

—Lo siento Julia...

—¡Lucía, me llamo Lucía! —le grité.

—Sí, perdón, Lucía. Lo siento, pero hasta que no pasen unos días no puede contactar con sus familiares. Son normas del centro.

En cuanto oí eso, me dejé caer contra aquella cama dura, giré la cabeza y eché la mirada contra la pared de la habitación. Era muy blanca y no tenía ningún rasguño, por lo que aquel sitio era nuevo o la habitación estaba recién pintada.

—Lucía, tengo aquí su historial y su enfermedad la podemos curar. Háganos caso, tome la medicación y en unas semanas podrá llamar a su hermana y vendrá a visitarla —me dijo el doctor García.

—¿En unas semanas? —le dije desde la cama sin mirarlo y sin apenas ánimo.

—Sí, es un proceso lento. Su enfermedad no se cura de un día para otro —me respondió.

—No me pienso tomar una mierda. Yo no estoy loca —le repetí de nuevo mientras seguía con la mirada perdida en la pared.

—Lucía, si quiere hablar con su hermana y salir de aquí lo antes posible, tendrá que hacernos caso. Ha habido otros casos como el suyo y el paciente, siguiendo nuestras indicaciones se marchó pronto a casa.

—Dígale a sus asistentes que vengan, quiero ir a comer. Tengo hambre —le dije.

El estómago me rugía, pues llevaría casi 24 horas sin comer.

—No se preocupe, en unos minutos pasarán. Y usted y yo nos veremos en unos días en mi consulta y charlaremos más detalladamente —me dijo.

No respondí nada a eso.

—Lucía, no se preocupe. La ayudaremos —dijo el otro hombre que había entrado en la habitación y no había dicho nada hasta ahora.

Cuando salieron oí a través de la puerta como uno le decía al otro que yo había dicho que me llamaba Lucía en lugar de Julia y que en mi informe no ponía nada acerca de un trastorno de la

personalidad. A los pocos minutos, dos asistentes vinieron y me llevaron al comedor. En ese momento decidí no decir nada y dejarme llevar, pues tenía demasiada hambre como para no comer.

Los días posteriores traté de explicarle a todo el personal del centro que yo no tenía problemas mentales, que no estaba loca, pero ellos parecían no escucharme. Solo se limitaban a decirme que me tomara las pastillas y que siguiera sus consejos, que pronto me recuperaría. Pasados unos días vi que no era una solución el intentar demostrarles que no estaba loca, pues me fijé que allí todo el mundo decía lo mismo y los enfermeros directamente ni respondían cuando les decías que no estabas loco o loca. Estaban muy acostumbrados a oírlo a diario.

El psiquiátrico era totalmente nuevo. Teníamos un montón de servicios y la comida no estaba del todo mal. Pero era muy difícil mantenerse cuerdo entre tanto loco. Estaba el que repetía los mismos números todo el tiempo y no paraba de hacer sumas y restas en una libreta; una mujer que hablaba con su perro muerto y a la que dejaban todos los días salir al jardín del centro a pasearlo; un hombre con barba que decía ser el hijo de Dios y una chica con trastorno de bipolaridad que a veces venía a hablar conmigo y de repente comenzaba a insultarme y se iba; esos entre otros muchos.

Vi que el único camino para salir de esa cárcel en la que todos vestían con batas blancas era seguir las indicaciones del personal, tomarme las pastillas y esperar que me dejaran contactar con mi hermana para que entre las dos pudiéramos demostrar que no estaba loca. Decidí no insistir más con mi nombre, pasé a llamarme Julia, como ponía en mi pulsera, pues si decía que me llamaba Lucía los médicos pensaban que era producto de un trastorno de la personalidad. Pero había veces que pensaba que estaba volviéndome loca. Todo el mundo me llamaba Julia y con el paso de los días empecé a reaccionar inconscientemente cuando la gente decía ese nombre. ¿Estaba empezando a perder el juicio o era tan solo un acto reflejo de mi cerebro porque sabía que se referían a mí? Necesitaba salir de allí cuanto antes. Tan solo tenía que contactar con mi hermana. Entonces ella vendría a ayudarme. Solo necesitaba hacer esa llamada.

Así podría demostrar lo que verdaderamente sucedió. Que yo solamente estaba de vacaciones realizando un viaje por carretera por todo el país y mientras conducía me caí con el coche por un barranco. Que milagrosamente pude salir de él con apenas unos rasguños y me dirigí a aquella carretera deshabitada en busca de ayuda. Que, tras estar más de dos horas esperando, el único vehículo que pasó fue un autobús que trasladaba a los enfermos de un psiquiátrico y me subí a él.

Cuando subí, me senté al lado de una mujer un poco extraña, pero no más extraña que cualquier otra persona de ese autobús. Esa mujer empezó a contarme su vida y a decirme que ella no estaba loca, que los del psiquiátrico de donde venía la maltrataban y que ella y su marido iban a escaparse.

—¿Dónde está tu marido? —le pregunté.

—Dos asientos más atrás, junto a la ventana —me respondió señalando con el dedo pulgar hacia atrás.

Miré hacia atrás dos asientos, pero ambos estaban vacíos.

—Ahí no hay nadie —le dije.

—Tú no lo puedes ver, pero yo sí —me dijo.

—Ah, vale. —le respondí.

Decidí no hacerle caso, al fin y al cabo, estaba loca. La mujer siguió hablándome de su vida y su marido imaginario o invisible. Yo asentía con la cabeza y hacía como que la escuchaba mientras mis párpados se cerraban por el cansancio y el aburrimiento de sus historias, pero ella no se callaba.

—A todo esto, todavía no sé tu nombre. ¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Lucía —le dije.

—Encantada de conocerte —me dijo—. Yo soy Julia.